

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón**  
**Milán, 31 octubre 2012**

*Texto de referencia: La vida como vocación, Huellas-Litterae communionis, n. 9, octubre 2012, pp. I-XII.*

- Favola
- Razón de vivir

*Gloria*

Empezamos nuestro camino de Escuela de comunidad después de la Jornada de Apertura de curso, sobre la que hemos trabajado durante este último mes. Las cuestiones que han surgido o las experiencias que nos ayudan a comprender son el motivo de nuestro trabajo. Ayudémonos a responder a las cuestiones o a testimoniarnos mutuamente la experiencia que hemos hecho.

*Desde hace algún tiempo quedo a comer una vez al mes con dos colegas que asistieron a la presentación de la Escuela de comunidad que hiciste en enero. Han invitado a otro colega y, de forma insistente, me piden que vaya, que empecemos con puntualidad, que fijemos la fecha de la siguiente. Mantenemos siempre una conversación intensísima sobre preguntas que tienen sobre la vida, sobre la forma de concebir la realidad y la relación laboral. Estoy muy sorprendido por esto, porque con ellos se pone en juego mi experiencia, no tanto sobre las posibles respuestas que pueda dar o no, sino sobre lo que vivo. Esto pone de manifiesto que el método de la experiencia que nos indicas continuamente es decisivo para mí y lo es también para ellos; es decisivo para todos, porque de este modo podemos estar juntos sin perder la intensidad. En nuestras comidas está desterrada la banalidad, no existe el hablar por hablar, ni siquiera tenemos necesidad de plantear que tengamos que estar de una determinada manera: estamos de cierta manera porque nos interesa estar así. Sin embargo, percibo una reducción impresionante en algunas de las preguntas que plantean, en su intento de responder a ellas. Una reducción que en mi opinión es inconsciente, porque es tan normal estar en el mundo de forma reducida, vivir, tener una relación con la realidad reducida que ya no llama la atención. De la última comida salí con una pregunta acuciante sobre qué podía vencer realmente esta reducción, y en los días siguientes traté de darme una respuesta. Me dije: sin duda, sólo el acontecimiento de Cristo puede vencer esta reducción, puede derrotarla continuamente en el tiempo. Pero me di cuenta de que esta respuesta, mientras se quedara en algo teórico, no me bastaba. Después de esto llegó la Jornada de Apertura de curso, tus palabras sobre las circunstancias, sobre el desafío de la realidad, sobre la autoconciencia, y algunos días después leí en Tracce.it el artículo sobre Francesca, de la que hablaste durante la Jornada de Apertura. Lo leí de un tirón y yo, que no soy muy dado a las lágrimas, me conmoví hasta llorar. Se me hizo evidente que la contemporaneidad de Cristo estaba ahí, se manifestaba para mí de esa forma, en el modo con el que esta mujer, como resultado de la relación con Él, había visto cambiar la forma de ver la circunstancia, no para soportarla, sino para llegar a amarla, algo inaudito normalmente y nada habitual para mí. Comprendo que yo necesito esto, porque me doy cuenta de que cuando vivo de forma reducida no vivo; aparentemente vivo, pero no vivo. Necesito que esta reducción sea derrotada en el instante, sin tener que esperar – mañana, pasado mañana – a un eventual cambio.*

Cuando citamos al Papa en la Jornada de Apertura a propósito de la «hegemonía cultural» nos referíamos precisamente a esta reducción de la que estás hablando. Incluso personas que se

juntan a comer para hablar de lo que necesitan con seriedad, sin banalidad, no son capaces de vencer por sí mismos esta reducción. ¿En qué consiste esta reducción? En que no soy capaz de percibir la realidad en todo su alcance, en toda su grandeza. Decíamos que esto sólo puede ser vencido, en primer lugar, por la realidad misma, que nos provoca y abre de nuevo la herida que hace imposible la reducción y, en segundo lugar, por la contemporaneidad de Cristo. Porque Cristo ha venido a través de un hecho para hacer presente una forma completamente abierta de estar en la realidad, sin reducciones. Entonces, se ve si se da esta contemporaneidad o no por la forma con que hablamos de las cosas, es decir, por un uso distinto de la razón. Y cuando uno lo percibe, no puede dejar de desearlo: «Necesito esto, necesito esta circunstancia». Esto es justamente lo que Cristo ha introducido en la vida. De hecho, la frase de don Gius que leímos en la Jornada de Apertura («Dios no hace nada por casualidad») ha producido turbación en muchas personas. Me escribe uno de vosotros: «Querido Julián: en el punto uno [de la lección] se dice que Dios no hace nada por casualidad, que Dios no permite nunca que suceda algo que no sea para nuestra maduración. Todo lo que sucede, sea bueno o malo, lo permite Dios al menos, porque en cualquier caso Él es el punto final de todo. Mi mujer me pregunta si me cambia saber esto. En realidad, en las circunstancias buenas puedo hasta no saberlo. En cambio, las malas o negativas, muchas son consecuencia de acciones o llegan de los hombres mismos, pero otras no se entiende de dónde salen, a veces parecen casuales, y me interesa saber si me las tengo que ver con un Dios que es mi aliado y amigo, o un Dios inventor de pruebas, obstáculos, contrariedades más o menos simpáticas». Con esta cuestión volvemos a algo que nos cuesta comprender: ¿Por qué Dios no nos ha ahorrado la historia? Si quería compartir con nosotros la felicidad que vivía, ¿por qué no nos ha ahorrado el tiempo de la vida terrena? Respondo: porque Dios, que podía habernos creado directamente en la eternidad, no ha querido imponérselo. Ha amado tanto nuestra libertad que nos ha hecho y nos ha creado en la historia para que cada uno de nosotros pudiera responder. No nos creó en una situación equivocada, sino que lo hizo en una situación positiva en la que la relación con Él era lo normal, según se describe en la Biblia cuando habla del paraíso terrenal, en donde la relación con Dios era la realidad normal. Pero como nos ha creado libres, el hombre, Adán y Eva, y luego todos los demás, han tenido que decidir, y han preferido afirmar otra cosa, y desde entonces tenemos que vivir la vida en un mundo en el que debemos decidir constantemente, en cada circunstancia, porque cada circunstancia se nos da para esto. «Vivir la vocación significa tender hacia el destino para el que está hecha la vida. [...] Vivir la vida como vocación significa tender hacia el Misterio a través de las circunstancias por las que el Señor nos hace pasar, respondiendo a ellas. [...] La vocación es caminar hacia el destino abrazando todas las circunstancias a través de las cuales te hace pasar el destino» (L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*. Encuentro, Madrid 1996, pp. 63-64). A veces tenemos que afrontar circunstancias – como dice nuestro amigo en su carta – producidas por el mal de los demás, porque este mundo está marcado por el mal. Entonces, si está la libertad de por medio, amigos, siempre existe una lucha. La vida es una lucha, la vida es una prueba, dice la Biblia. Entonces, en esta situación, ¿Dios es un aliado o nos ha dejado a nuestra suerte? Dios es un aliado, Dios nos ha hecho para el bien, y nosotros sabemos – ¡y de qué manera! – que podemos decir que no a todo el bien que hemos recibido, hasta el punto de complicarnos la vida continuamente. No sólo nos ha creado para el bien sino que nos ha dado todo, incluso a su Hijo, como dice san Pablo: «Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros [sí, es un aliado, Dios está con nosotros], ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros [sí, es un aliado, no se reservó a su Hijo], ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros?». Esta es la

certeza de Pablo. ¿Acaso puede Pablo, después de haber visto esto, concebir que Dios no sea un aliado? Imposible. ¿Qué quiere decir que Dios no se ha reservado a su Hijo sino que lo ha enviado para acompañarnos? «Todavía estaba hablando [en el huerto de los Olivos], cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente, con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña: “Al que yo bese, ese es: prendedlo”. Después se acercó a Jesús y le dijo: “¡Salve, Maestro!”. Y lo besó. Pero Jesús le contestó: “Amigo, ¿a qué vienes?”. Entonces se acercaron a Jesús, le echaron mano y lo prendieron. Uno de los que estaban con él [tradicionalmente se dice que era Pedro] agarró la espada [¡a lo mejor el Misterio se había “distráido”, y necesitaba de su espada!], la desenvainó y de un tajo le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote [esta es la forma con la que habitualmente miramos la realidad]. Jesús le dijo: “Envaina la espada: que todos los que empuñan espada, a espada morirán. ¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? Él me mandaría enseguida más de doce legiones de ángeles. ¿Cómo se cumplirían entonces las Escrituras que dicen que esto tiene que pasar?». No es que el Misterio, el Padre, se hubiera distraído, se hubiera dormido, y hubiera permitido que prendieran a Jesús, le pusieran las manos encima y le llevaran a la muerte (como piensa Pedro: ¡hay que echar una mano al Misterio cortándole la oreja a alguien!). El problema es que Pedro, y cada uno de nosotros, se encuentra ante una mirada sobre la realidad que es distinta. «¿Piensas que mi Padre no tiene legiones de ángeles para aplastarlos a todos?». Es suficiente una mirada así para ver la diferencia entre la forma que tenemos nosotros de mirar la realidad y la forma con que la mira Otro. Cuando decimos que «Dios no hace nada por casualidad» no estamos diciendo que es Dios el que ha generado la muerte de su Hijo. Para poder mostrar a los hombres su grandeza, ¡ni siquiera le ahorra la prueba a su Hijo! Si no tenemos esta mirada que introdujo Jesús en la vida no podremos afrontar la oscuridad. Porque en ese momento, cuando todos introducen la sospecha sobre si Dios es amigo o adversario, Jesús testimonia la diferencia. Precisamente ahí, no fuera, no mirando los toros desde la barrera (mientras nosotros estamos pasando la prueba, Él nos mira desde el Cielo). ¡No! Al entrar ahí, nos testimonia que ni siquiera ahí estamos solos. No nos deja solos, Dios no dejó solo a su Hijo. Antes de su arresto, Cristo mantiene un diálogo con su Padre. Todo lo demás es secundario; el diálogo es con su Padre (no le llama “señor”), y precisamente por la certeza que tiene con respecto a su Padre, Cristo puede mantenerse en pie ante cualquier circunstancia, incluso ante esa que ni siquiera Él como hombre comprende del todo: «Aparta de mí este cáliz». Cuando no nos identificamos de este modo con el Evangelio, ¿qué es lo que pasa? Que nos quedamos desconcertados, como me escribe uno de vosotros: «Me ha provocado mucho lo que decías acerca de las circunstancias: ya sean buenas o malas, todas son el modo a través del cual el Misterio nos llama. No son, como pensamos a menudo, la tomadura de pelo que tenemos que soportar, sino que tienen una finalidad bien precisa en el designio de Dios [es lo que dice Jesús a los dos que van camino de Emaús: “¡Qué necios y torpes sois! ¿No comprendéis que tenían que cumplirse las Escrituras, que el designio de Dios era otro? ¿Es que no entendéis?”], porque en la vida de los que Él llama, Dios no permite que suceda nada que no sea para su maduración. Esta frase, citada al comienzo, me ha dejado indiferente, porque para mí era algo ya sabido, nada nuevo bajo el sol. Pero según ibas hablando, según repetías este concepto, ha empezado a abrir brecha dentro de mí como una carcoma, hasta que, en un momento dado, me he preguntado: ¿es verdad para mí esta frase, o vivo según otros criterios? He constatado que, en realidad, el juicio de fondo es otro, ya que muchas veces me lamento de lo que tengo que vivir y me ahogo. A la hora de afrontar los desafíos que me plantea la vida cotidianamente no tomo mínimamente en consideración esta hipótesis [no tomamos en consideración la hipótesis porque creemos ya saber qué es la realidad]. He intuido casi por primera vez el alcance de la invitación que nos hacías, el alcance

que tiene en la vida, y he salido del encuentro verdaderamente deseoso de descubrir su verdad durante este nuevo curso, que a día de hoy es imprevisible, pues me licencio en menos de un mes. Esta mañana, mientras estaba trabajando sobre mi tesis, ha entrado una compañera de curso a la que me liga una gran amistad, y he comprendido por su mirada que algo no iba bien. Ante mi insistencia, me cuenta que su padre se ha hecho unos análisis y le han encontrado cosas graves, y que después de comer se marcha a Milán. Entonces me he visto contra las cuerdas, no era capaz de decirle nada, porque cualquier cosa que dijera me parecía falsa y totalmente inadecuada para responder a su mirada. Como no era capaz de decir nada he tratado de cambiar de tema y luego me he puesto de nuevo a trabajar en el ordenador. Pero no podía dejar de pensar en ello y me preguntaba: aunque no consiga hablar, ¿de verdad no tengo nada que decirle, o en mi vida ha pasado algo distinto? Entonces me he acordado de ti, y cuando ha vuelto le he dicho: “Mira, con respecto a tu padre no sé qué decirte, pero el sábado estuve en un encuentro que me impresionó mucho. Si quieres te paso el texto”. Me he dado cuenta de que ante tal circunstancia, la hipótesis que lanzaste durante la Jornada de Apertura, la pretensión cristiana, es la única capaz de resistir el golpe, la única que ha permitido que no me ahogase, hasta el punto de que darle el texto ha sido lo más adecuado que podía hacer». Si no hacemos un recorrido, si no alcanzamos una certeza, cuando llegamos a estos momentos no somos capaces de decir gran cosa, porque cualquier cosa nos parece falsa, totalmente inadecuada. En cambio, ¿qué sucede cuando uno hace un camino a través de lo que le pasa en la vida, desde el encuentro que ha tenido hasta las circunstancias que no se le ahorran? Esto es lo que describe otra amiga: «Digo con cierta dificultad que he empezado a hacer seriamente el camino de verificación al que nos reclamamos continuamente. Y lo digo con dificultad porque darse cuenta de que mi vida no surge del encuentro que he tenido es dramático y doloroso, y me exige cambiar la mirada que tengo sobre las circunstancias; es el trabajo del instante. Hace algunos días fui a ver a una compañera que estaba enferma. Después de cuatro meses de enfermedad ya no es capaz de caminar sola. Me recibió diciendo que deseaba morir, entre otras cosas para no ser un peso para su hijo. De ahí nació una conversación en la que le decía que ella existe, que la vida no dependía de ella, que debía tomarse en serio todo el deseo de bien que la enfermedad no era capaz de eliminar, y que nuestra compañía podía ser interesante para ambas. Ante su afirmación de que yo podía decir eso porque tenía fe, le pregunté de golpe qué ganaba sofocando la exigencia de sentido y la necesidad de ser salvada que imponía su enfermedad. Cuando al final me despedí de ella, me dijo: “Tengo que aprender que no soy sólo mi enfermedad” [ha empezado a no reducirse a sí misma a la enfermedad]. Pero lo que más me sorprendía era mi posición: la enfermedad debe abrir al significado. Mirar así la realidad era un bien para todos, era tan verdadero que no tenía miedo de decirlo. El folio blanco (como dice *El sentido religioso*) seguía siendo blanco a pesar del sentimiento [es un juicio que se imponía por su evidencia]. Me sentí unida y feliz, segura de una mirada sobre la realidad en la que me educa la Escuela de comunidad, una mirada que mi verificación me ha devuelto como certeza». Si no conseguimos hacer este recorrido humanísimo no sabemos qué decir ante los retos de la vida. Otro amigo me contaba que tuvo una conversación sobre el trabajo con un comunista acérrimo (muy hostil a nosotros, siempre enfadado con nosotros por todos los asuntos de los que hablan los periódicos) al que le había dado el texto sobre Francesca y su marido que había salido en *Huellas*: «Mira, deja por un momento tu rencor y lee esto». El tipo lo lee, se pone a llorar y sale de la habitación porque no puede más. Y cuando vuelve, le dice: «Pero si vosotros tenéis esto, ¿por qué no nos lo decís?! Si uno puede estar así ante la vida y ante la muerte, vosotros, que habéis recibido esto, ¿por qué no nos lo decís?». Estamos en el mundo para esto, pero para poder decirlo y no callar, para que no resulte inconsistente, para que no resulte banal ante un drama o ante cualquier circunstancia, ante la cotidianidad, hace falta una certeza.

*«Dios no hace nada por casualidad» porque es la verdad de la realidad. Creo que o esta es una frase válida sólo para nosotros, que creemos en ella, o bien se trata de una evidencia aplastante. Y si es una evidencia aplastante no tengo ningún problema en sacarla delante de cualquiera; en cambio, si tengo problemas para sacarla es porque no es una evidencia aplastante. El problema es que para mí muchas veces la evidencia significa que debe ser algo automático: si es evidente, debe ser automático. En cambio, estoy viendo que debo tener la posibilidad de acostumbrarme a mirar la evidencia. Por ejemplo, yo en mi trabajo me dedico a investigar con el microscopio, y tengo a mi lado a una joven que está aprendiendo. Cuando miro algunas imágenes, veo cosas, veo detalles, porque miro estas imágenes desde hace años. Para ella estas cosas no significan nada, porque nunca las ha visto, y por tanto para ella esas cosas no son una evidencia, pero en realidad existen y yo las veo. La diferencia es que yo las veo porque estoy acostumbrada a verlas, porque las veo desde hace años, y cuando se lo enseño también se convierten en evidencia para ella. Por tanto, creo que para mí el camino más importante es tener a alguien en la vida que me permita mirar las evidencias que hay, sin asustarme y sin esperar poder verlas de forma automática.*

¿Se entiende esto? Es decir: no es que ella vea cosas que no existen, que se las inventa y convence a la otra de que existen. No. Es lo que decía don Gius: veía ciertas cosas que los demás no veían, no porque no estuvieran, sino por culpa de una situación cultural, de esa hegemonía que nos impide reconocer toda la amplitud de la realidad. Hemos utilizado otra frase para decir lo mismo: que nosotros no reconocemos como presencia las cosas presentes; para nosotros la presencia de ciertas cosas no es una presencia, no es una evidencia como reconocer que esto es un folio blanco. Y entonces, como dice ella, no nos falta valor (porque uno no necesita un valor especial para decir que el folio es blanco), sino sencillez a la hora de decirlo. Cuando se trata de una evidencia, cuando es algo que resulta evidente – como cuando uno dice el resultado de un partido: «Ha ganado el Milán cuatro a cero» –, no existe dificultad alguna, es un dato. La cuestión es que tener esta familiaridad con una realidad no reducida no es algo automático. ¿Por qué? Porque muchas veces, lo sabemos perfectamente, nosotros tenemos una mirada reducida; por eso, si no hacemos un camino que nos haga habituarnos, que nos eduque (usemos la palabra justa) a entrar en la totalidad de la realidad, entonces la reducimos. La educación es justamente esto: una introducción en la totalidad de la realidad, no sólo en una parte de la realidad. ¿Por qué ante ciertas cosas no decimos una palabra clara? Porque en el fondo no estamos seguros de esto: que la vida se nos da a cada uno de nosotros para compartir la plenitud de Dios. Su Hijo ha dado la vida, es el destino de la vida; no es que las cosas tengan que ir más o menos bien, el problema de la vida es lo eterno. Y si no tenemos esta perspectiva somos los más desgraciados de los hombres, como dice san Pablo; si no tenemos toda la perspectiva de la vida, ante ciertas cosas no podemos decir nada. Porque estamos reduciendo la vida a apariencia, mientras que el significado de la vida es Cristo, y esto se puede decir en cualquier circunstancia; pero se necesita una certeza por la evidencia que tiene cada uno en su vida, pues en caso contrario no dice nada. Y luego uno empieza a decir que las circunstancias son desconcertantes. Sí, ¡pero mucho más desconcertante sería que existiesen estas circunstancias y no existiese el significado! ¡Esta sería la verdadera desgracia! Por eso, cuando ese comunista ve ciertas cosas y nos dice: «Pero, ¿qué hacéis con esto?», lo hace porque con frecuencia no es esto lo que testimoniamos.

*Me ha impresionado mucho tu intervención en el Sínodo. Cuando la leí, dije: esto es verdad, es la verdad sobre mí, es la verdad de nuestra experiencia, tenemos un aliado que es nuestro corazón (hasta tal punto que dije: cómo se habrá sobresaltado el corazón del Papa al oír estas palabras). Cuando dices que tenemos este corazón que es un aliado, que es un acontecimiento,*

*cuando hablas del hecho de toparse con una humanidad cambiada, esta es la historia, siempre ha sido así, es la historia que vuelve a suceder así hoy. Quería contarte un hecho que tiene que ver con esto. Este año me invitaron los amigos de Rímini a participar en un encuentro sobre el trabajo. Habían invitado a un escultor, artista, ebanista, un personaje extraordinario, con una humanidad, una pasión, una mirada y una profundidad que nunca había visto. Por ponerte un ejemplo: durante la cena, un amigo le pregunta: «¿Cómo puedo activar la responsabilidad de mis colaboradores?». Y este hombre, mientras sigue comiendo, sin levantar apenas la cabeza, le dice: «Reconocer el valor de la persona es activar su responsabilidad». En esta cena conocí a su hijo, nos intercambiamos los móviles y hablamos a mediados de julio. No volvimos a hablar. Ayer me llama de forma inesperada y me pregunta si podemos vernos. Quedamos, y todo el rato que estoy con él es un testimonio de cómo ha cambiado desde el encuentro con estos amigos, de las dificultades en la empresa a causa de la crisis, de cómo ahora ya no está solo, ¡ya no está solo! No ha conseguido venir a la Jornada de Apertura de curso pero le mandan tus apuntes y dice: «Mira, sólo puedo leer una página y media al día, no más, porque tiene demasiada tela». Una compañía infinita. Luego me dice: «He estado en un encuentro con artistas que no comparten nuestra experiencia, y los he visto a todos muertos. Entonces me he preguntado: ¿por qué todos estos están muertos y en cambio los otros están tan vivos? Porque estos no siguen, no reconocen la belleza». Y luego sigue diciéndome: «Pero, ¿sabes por qué no conocen la belleza? Porque tienen miedo de que les hiera». De nuevo, un sobresalto: es así, porque la verdad te marca, siempre tienes que hacer las cuentas con ella, y luego debes decidir, tomar posición. Después le he leído tu intervención en el Sínodo, todavía está hambriento: «Tienes que mandármela, la necesito». Esto es un encuentro.*

Gracias.

*Tengo una pregunta. Quería partir de la intervención del Papa sobre la hegemonía cultural. En un momento dado, cuando habla de la racionalidad científica y técnica, dice: «Incluso una tierra fecunda corre el riesgo de convertirse en desierto inhóspito y la buena semilla de ser sofocada». Ahora bien, en cuanto a mí, entiendo que este ser tierra fecunda o desierto inhóspito depende de lo que tú dices: ante todo es una elección, es lo que en El sentido religioso don Giussani define como la opción fundamental. Sin embargo, tú hablas después de la percepción de uno mismo: percepción de uno mismo y del propio destino y por tanto afecto verdadero por uno mismo, liberado de la obtusa instintividad del amor propio. Entiendo que este ser tierra fecunda o desierto inhóspito es directamente proporcional a la percepción de uno mismo. Es decir: o la percepción amorosa del propio destino o la obtusa instintividad del amor propio. Para mí no siempre resulta claro en el detalle de las circunstancias comprender cuándo estoy movida por un afecto por mí y cuándo, en cambio, estoy movida por la obtusa instintividad del amor propio. Una cosa que me impresiona es que también en el concepto de amor propio está la palabra “amor”; no quiero ser filosófica, pero es como si el diablo se insinuase de una forma no siempre reconocible.*

Cierto, cierto. Pero tú lo ves en las relaciones: te das cuenta cuándo tú amas a otro y estás disponible para afirmar al otro, su destino, el bien del otro, y cuándo, en cambio, tiendes a afirmarte a ti misma incluso en la relación con el otro. Es un filo sutilísimo, ¿no? Lo hacemos en las relaciones, lo hacemos en el trabajo. Nos gusta hacer bien el trabajo, pero, ¿esto significa afirmar el trabajo o afirmarnos a nosotros mismos? Las obras nacen para responder a una necesidad, y a veces para responder a esta necesidad nos implicamos completamente, pero en un momento dado, si no tenemos más medios debemos pararnos; en cambio, a veces queremos seguir adelante no ya para afirmar la obra, sino para afirmarnos a nosotros mismos, porque si hacemos una obra más grande nos llevamos una cierta gloria... Ahí empieza a introducirse el

amor propio. ¿Has pensado alguna vez por qué considera Jesús una tentación cuando el diablo le dice en el Evangelio: «Haz que estas piedras se conviertan en panes»? Habría creado la ONG más grande del universo, habría resuelto el problema del hambre en el mundo para el resto de la vida, ¿qué puede haber mejor que esto? Respuesta a una necesidad: la gente habría estado contenta. ¿Por qué no acepta? ¿Por qué lo considera una tentación? Porque entre una cosa y la otra está la afirmación de sí mismo, la obtusa instintividad del amor propio. Entonces, ¿cuál es la diferencia entre el verdadero afecto por uno mismo y el amor propio? Aunque organices la mayor ONG del universo, siempre será una gota comparada con tu necesidad, ¡porque estás hecha para el infinito! Aunque afirmes hasta el infinito algo tuyo, no es esto lo que cumple tu vida, porque lo que la cumple es reconocer el infinito. Esta es la única afirmación verdadera de ti misma, que te hace libre de la torpeza del amor propio y que te permite obedecer. Si el Misterio te da para que hagas tres, haz tres, porque no necesitas hacer cinco para afirmarte a ti misma; aunque consiguieras hacerlo, sería inútil, porque sería como una gota comparada con el océano de tu necesidad de infinito. Pero, perdonadme, no seamos tan tontos como para pensar que podemos afirmarnos más a nosotros mismos a través de estas gotas, a falta de una claridad sobre lo que somos. Se trata de una torpeza, de una incapacidad de percibir las cosas como son. Hasta el punto de que, después de haberlo hecho, nos sentimos vacíos; la gente lo intenta de mil y una formas. ¿En qué se ve que se trata de amor propio y no de verdadero afecto por uno mismo? En que uno te deja vacío y el otro despierta una ternura por ti mismo que no puedes darte tú mismo. Con la presencia del Infinito, con el reconocimiento de Aquel que te hace ahora, con toda la ternura del Misterio, no necesitas otra cosa. Sólo necesitas reconocer a Alguien que te está dando tu ser ahora mismo; en caso contrario, no podrás tener un solo instante de ternura verdadera contigo mismo, de afecto verdadero por ti, y buscarás en la afirmación de ti mismo, en el amor propio, lo que no consigues tener, lo que no reconoces como dado a ti. Emprendes de este modo un camino que te llevará como único resultado a bloquearte cada vez más, porque aunque consigas pasar por encima de todos los cadáveres que vas dejando por el camino, será inútil, no funcionará ni siquiera como lógica o como estrategia. ¡Nuestra torpeza llega hasta este punto! Una cosa es que uno lo haga por debilidad, y otra bien distinta que lo haga porque no comprende, porque si uno comprende, no perdería el tiempo en recorrer esta hipótesis que, aunque pueda arrojar algún éxito, no resuelve nada, es más, te deja con un agujero mayor que el que habrías podido resolver. Por eso nos conviene comprender ciertas cosas. Pero sólo podremos aprender este camino si lo recorremos. ¿Por qué nos cuestan tanto muchas cosas? Porque, al no comprender, complicamos mucho más las cosas. En cambio, si empiezo a tomarme en serio lo que sucede cuando reconozco que estoy hecho así, que soy amado así (a nosotros nos parece abstracto comparado con lo que tenemos en la cabeza, y nos parece más concreto lograr hacer lo que pensamos, aunque al final nos quedamos vacíos), si uno no empieza a tomar conciencia de lo que ha sucedido en el encuentro, de qué significa Cristo, de modo que su persona pueda desbordar de gratitud, de afecto por sí mismo, entonces tendrá necesidad de afirmar la obtusa instintividad del amor propio. Debemos aprender constantemente el contenido de nuestra autoconciencia. Estás hecha para el infinito, y actúas por esa inquietud que tienes dentro. No estás en paz porque esta inquietud define cada fibra de tu ser. ¡Debes buscar, porque te apremia, te apremia! Entonces, si buscamos por el camino equivocado, complicamos nuestra vida y la de los demás. Lo digo por mostrar el camino que tenemos ante nosotros. Esto es lo que ha recordado el Papa al Sínodo, sobre el que queremos decir una palabra para terminar. En la misa conclusiva del pasado domingo, hablando del ciego Bartimeo (ese ciego que, al oír que pasa Jesús, empieza a gritar, y los demás tratan de hacerle callar): «Bartimeo podría ser la representación de cuantos viven en regiones de antigua evangelización, donde la luz de la fe se ha debilitado [el desierto, el desierto del que hablaba: un desierto

inhóspito], y se han alejado de Dios, ya no lo consideran importante para la vida: personas que por eso [...] han perdido la orientación segura y sólida de la vida y se han convertido, con frecuencia inconscientemente, en mendigos del sentido de la existencia». Son muchas las personas que necesitan de un nuevo encuentro con Jesús porque han perdido la conciencia del Bautismo. Esto es lo que ha querido reconocer la Iglesia con el Sínodo, como dice el Papa en el *Angelus*: «Sólo Él, Jesucristo, es la verdadera novedad que responde a la espera del hombre de todas las épocas» Pero, ¿cómo podemos transmitir esta novedad? Ya nadie piensa que sea suficiente con una estrategia pastoral distinta. Esto se ha puesto de manifiesto con claridad en el Sínodo. Por eso, durante este mes se ha expresado muchas veces el deseo de la conversión; si no nos convertimos, no podremos llevar a nuestros compañeros de camino, vecinos, colegas, esta novedad en una tierra que se ha vuelto inhóspita (como muchos sabemos). El Papa lo resumía así: los verdaderos protagonistas de la verdadera evangelización son los santos, no los estrategas, ¡los santos! «Así son los nuevos evangelizadores: personas que han tenido la experiencia de ser curados por Dios, mediante Jesucristo. Y su característica es una alegría de corazón». Por eso queremos responder a la urgencia que tiene la Iglesia, y lo podemos hacer porque la gracia del carisma se nos ha dado justamente para ello. Nosotros somos testigos de que, sin esta nueva evangelización, muchos de nosotros tal vez no estarían aquí, porque habían oído hablar de Cristo y habían pensado que era algo obvio, que no afectaba a la vida. Hemos sido elegidos, se nos ha dado esta gracia para poderla comunicar a los demás. Pero la comunicamos no a través de una estrategia, sino a través de la diferencia que portamos; la comunicamos si en nuestra forma de estar en la realidad sabemos despertar el interés por el cristianismo, por Cristo. Y esto sólo lo podemos comunicar si lo vivimos nosotros. Por eso el recorrido que haremos este año no puede tener otra finalidad más que, como dice el Papa al introducir el Año de la Fe, redescubrir a Cristo, redescubrir la belleza de Cristo. Sólo así podremos llegar a ser también nosotros testigos, allí donde estemos.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 28 de noviembre a las 21.30.

Retomaremos el texto *Los orígenes de la pretensión cristiana* porque, como todos sabemos, es el recorrido de la fe que hicieron los apóstoles. El Papa ha convocado el Año de la Fe y por eso nos unimos a la Iglesia haciendo el itinerario de la fe de los discípulos, para que también nosotros podamos hacer su mismo recorrido.

Retomaremos el capítulo sexto: «La pedagogía de Cristo al revelarse». Acompañaremos el trabajo de la Escuela de comunidad con algunos textos del Papa que se publicarán en el número de noviembre de *Huellas* y en los números sucesivos: como habéis visto, desde el inicio del Año de la Fe el Papa ha comenzado a centrar las catequesis de los miércoles sobre la fe. ¿Qué mejor forma puede haber de vivir el Año de la Fe que dejarnos acompañar por Giussani y por el Papa? No creo que tengamos nada más interesante que hacer.

Recuerdo que existe una dirección de correo electrónico a la que podéis enviar preguntas o intervenciones breves sobre el texto de Escuela de comunidad. Os pido que las enviéis antes del domingo previo a nuestro encuentro, de modo que pueda tener tiempo para leerlas. La dirección es: [sdccarron@comunioneliberazione.org](mailto:sdccarron@comunioneliberazione.org), y os pido que la uséis exclusivamente para la Escuela de comunidad.

**Jornada nacional de recogida de alimentos.** La propuesta de la Jornada nacional de recogida de alimentos, que se celebrará el sábado 24 de noviembre, organizada por la Fundación Banco de Alimentos, es la ocasión, ante todo para los que participan en ella, de vivir un gesto de gratuidad con la conciencia que san Pablo nos recuerda: «Lo que habéis recibido gratis». Esta es

la conciencia que podemos testimoniar a cuantos estén con nosotros colaborando en este gesto, y a cuantos se paren para ofrecer su contribución a la recogida. Se trata de un gesto que también podemos reducir, o podemos vivirlo como un gesto en el que se comparte el alimento y el gusto por la vida, la fe y las razones por las que lo hacemos. A veces se crean espacios de diálogo con las personas que se encuentran, con las que podemos conversar sobre lo que nos importa y que, como decía antes, muchos esperan.

Con esta conciencia queremos vivir también el gesto de la Campaña de Navidad propuesta por AVSI.

*Veni Sancte Spiritus*